

Volvieron al casino, a aquellas horas lleno de boinas y humo, y nada más entrar, les dijo Manolo Perona que, “aquel hombre muy colorado”, que estaba solo en una mesa, los estaba esperando. Ya venía el hombre colorado hacia ellos.

Plinio lo miró despacio y puso cara de no conocerlo.

— Oye, Plinio dijo el hombre colorado te quería decir, como supongo que estarás con las averiguaciones, que yo nunca vi al Muñecas, con uno que tuviese pinta de asesino. Todos los que solían ir con él eran gentes de buen natural.

— ¿Entonces que me tenías que decir? —le preguntó Plinio con cara de mucha risa.

— Nada más que eso.

Ya decía yo que iba a ser un discurso muy largo.

Y sonriendo, Plinio y don Lotario se apartaron de aquel secretero.

— La gente es que no pierde ocasión de hablar.

— Apréndelo Manuel, el hablar es el mayor vicio que tenemos.

Se sentaron junto al velador de siempre, pidiendo las dos cañas de aquellas horas y mientras bebían, entre trago y trago, le dijo don Lotario a Plinio:

— Aunque disimules, Manuel, te encuentro preocupado por este caso.

— ¡Hombre don Lotario, cómo no voy a estarlo! Ya se lo he dicho a usted, matar a un hombre así, tan limpiamente, tan a propósito, como no va a extrañar a Tomelloso. Llevarían ya media hora tomando las cervezas, cuando Hermenegildo Serrano, mirando al suelo como siempre con las narices muy estiradas, propias del que huele todo lo que ve, se acercó a ellos.

— Buenas tardes, Manuel y la compañía, ¿me puedo sentar con ustedes un momentico?

— Lo que tu quieras.

— Es que os he visto aquí tan sentados, que he dicho, pues esta no la dejo escapar.

— ¿El que no dejas escapar?

— Lo que te voy a decir ahora mismo. Que no me ha extrañado nada, aunque parezca mentira, lo que has encontrado en la Estación.

— ¿Nada, nada, nada?

— Pero que nada. Me esperaba una cosa así tarde o temprano... todas las cosas se pagan y las de la guerra más.

— ¡Ah sí!, ¿pues qué tuvo que ver el Muñecas con la guerra? Si cuando empezó debía tener diez o doce años, no más.

— Que te crees tú eso. Era dos o tres quintas más viejo que yo. Tiene lo menos sesenta años. Esto te lo puedo asegurar. En este mismo local donde estamos, que pusieron la Falange, nada más acabar la guerra, yo lo vi salir muchas veces, hecho un mocetón, con una camisa azul de entonces y una gorra muy chula.

— ¿Lo viste salir y entrar?

— Se contaba con él intervino en muchos de los “paseos” que dieron entonces. ¿Te parece poco?

— Entonces, ¿es que tú sabes, que quien lo mató fue un rojo?

— Pues, ¿quién va a ser?, —¿estás seguro? —¿Sí no sé quién va a ser?, dímelo.

Es verdad que todavía quedan recuerdos de la guerra. Pero no tantos como pensáis algunos... las cosas se olvidan pronto y la guerra hace ya muchos años que pasó. ¿No tienes otra idea más clara?

Hermenegildo movió la cabeza negativamente con gesto distraído.

Bueno, Hermenegildo, pues cuando sepas algo más preciso, vienes y nos tomamos un chato.

Hermenegildo quedó como si estuviera pensando algo, dijo sí con la cabeza y se marchó oliendo el suelo como solía.

Plinio y don Lotario siguieron tomando la cerveza y un ratillo más después dos mujeres entraron muy talendas.

— ¡Qué casualidad, Plinio y don Lotario aquí!

— Eso, una casualidad de hace cincuenta años —exclamó Plinio— con su cara risueña.

— Es que al pasar os hemos visto, y hemos dicho, pues vamos a “decírselo”.

— ¿El qué?

— Pero ¿tú no sabes, Manuel, —dijo con cara muy confidente— que un hijo del Muñecas, tuvo un crío de desuido con la Manuela?

— No, no lo sabía, pero no creo que eso tenga nada que ver con lo que preocupa aquí esta noche.

— ¿Con que no, eh? —dijo la más vieja— cruzando los brazos. Pues si no es motivo ese, el que te tengan un nieto a traición, tú me dirás cual es.

— ¿Y tú tienes pruebas de que el Muñecas reaccionó en ese momento?

— Yo no sé nada fijo.

— ¿Entonces?